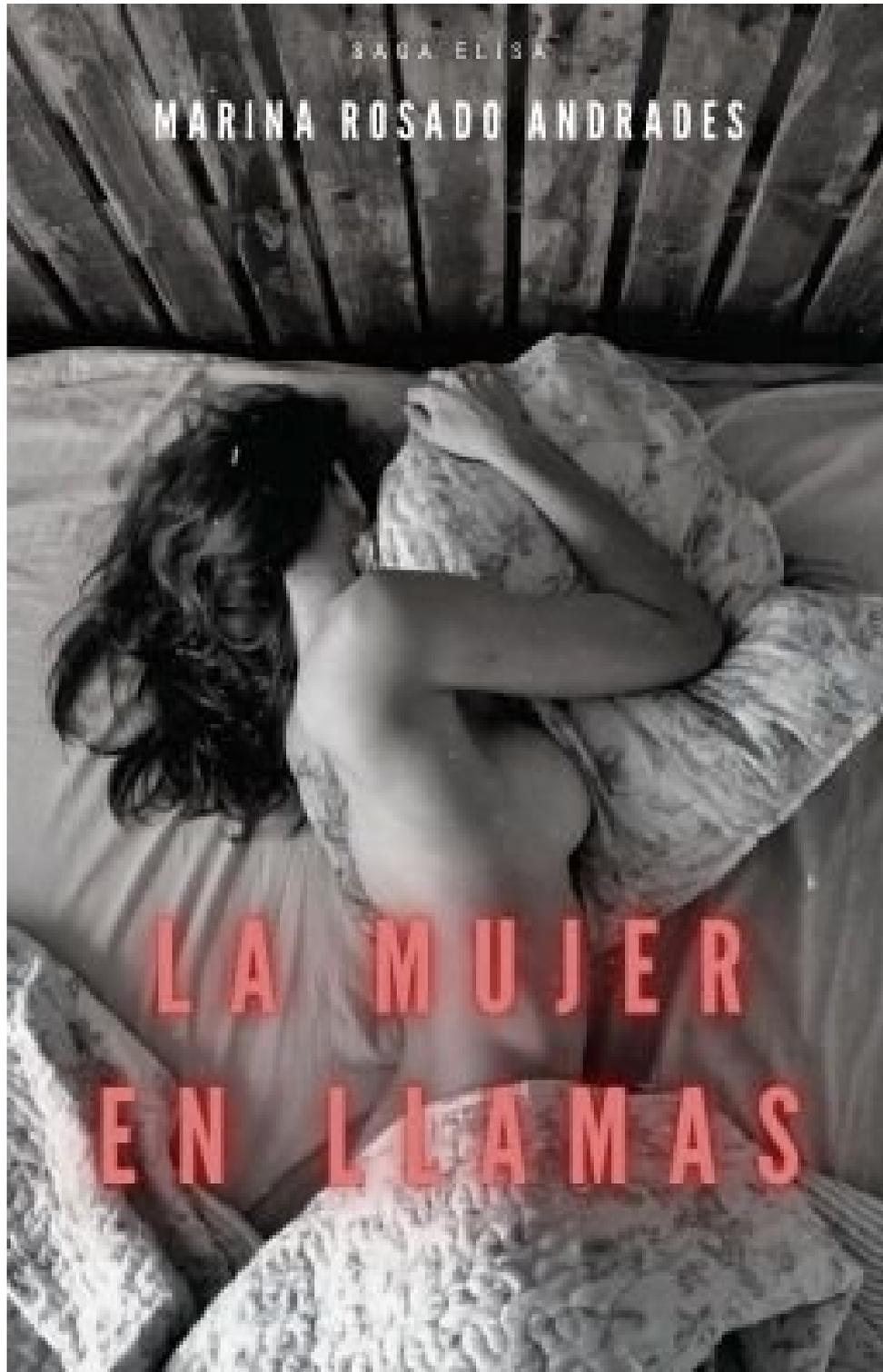


La mujer en llamas

Marina Rosado Andrades



Capítulo 1

PRÓLOGO

Hice un esfuerzo por mirarle a los ojos una última vez, a pesar de que sabía que en unos segundos habría perdido el conocimiento ¿De verdad era esa la manera en que iba a morir? ¿A manos de la persona por la que lo había sacrificado todo?

Supongo que es verdad. Al final, eso que deseamos es lo que acaba destruyéndonos. Y yo había deseado que aquello funcionase con tanta intensidad que había acabado quemándome en el intento. Quemándome hasta el punto de prender fuego a toda mi vida.

-Por favor... - alcancé a decir sintiendo cómo mis párpados pesaban cada vez más. El corazón me latía de tal manera que temí que escapase de mi pecho y me abandonase en aquél suelo de madera.

Todo se nubló hasta el punto en que fui incapaz de distinguir su rostro, pero sus manos siguieron apresando mi cuello con la misma intensidad con la que diez minutos antes me había hecho el amor.

Capítulo 2

HALLELUJAH

Acababa de cumplir los treinta, llevaba diez años con él y tenía dos maneras de afrontar el fracaso de mi relación: aceptando que hay heridas que nunca terminan de curarse o arrojándome directamente a la llaga. Y con arrojarme a la llaga quiero decir alejarme de todo aquello que conocía e irme a vivir con él a una choza en mitad de la nada. Así que, por supuesto, dejé mi trabajo estable, empaquetamos nuestra vida y nos lanzamos al bosque. A pesar de que llevábamos sin siquiera besarnos algo más de dos meses. En realidad, sesenta y dos días exactos; no es que llevase la cuenta mental, pero nada escapaba al poder de mi Bullet Journal.

Para que entiendas mi decisión, debo empezar por el principio, o al menos hacer un pequeño resumen de aquello que hacía que Nico fuese lo mejor y lo peor que me había pasado hasta ahora. No sé si alguna vez has conocido a un soñador, a uno de esos hombres que parece que en lugar de piernas tiene dos muñones y un corazón tan grande que le estrangula el cerebro. Desde que le conocía su único sueño había sido ser músico, y había sacrificado absolutamente todo por ello, incluyéndonos, supongo, a nosotros.

La verdad era que algo de Nico se quedó atrapado en mi alma desde el instante en que detuve la mirada en él, hacía ya tantos años. A primera vista no tenía nada especial, era guapo, como podrían serlo cientos de chicos. Tenía el pelo negro y un poco más largo de lo que suele ser común, con tendencia a enmarañarse.

Sin embargo todo en él era música: la forma de sus ojos pertenecía a Leonard Cohen y su rostro se asemejaba al de Jeff Buckley; casi pude escuchar la melodía que le llenaba.

Era alto, y tenía una sonrisa juguetona a la que acompañaba un extraño brillo en las pupilas; creo que fue ese brillo en su interior el que a un mismo tiempo me puso alerta y me atrajo hacia él: Era el brillo de los locos.

Tenía un pequeño tatuaje en el lado derecho del cuello, escrito con letras cursivas: Cold and broken hallelujah; con el tiempo descubriría mucho más de lo que podía imaginar acerca de ese tatuaje; Nico tenía una actitud muy curiosa con respecto a él: No le importaba que la gente lo viera, pero él jamás se molestaba en enseñarlo, ni siquiera cuando se lo pedían. Aquella resultó ser una actitud muy común en cuanto a él: Nico se dejaba descubrir; a pesar de que él creía tener un muro a su alrededor éste era de papel, una puerta opaca que debías traspasar para ver el

mundo que se escondía detrás. Tenía varias capas de apariencia que podían apartarse suavemente (con una palabra, una sonrisa. Era un niño jugando al escondite, un niño corriendo con la esperanza de que le persiguieran, de que alguien le cogiera por los hombros y le pidiese que dejara de huir. Sin embargo él no mostraba nada de esto de manera intencionada, no gritaba que le abrazasen, no suplicaba amor. De hecho, cuando más necesitaba que alguien estuviera a su lado Nico se alejaba de los demás.

En las reuniones, cuando mucha gente se concentraba en el mismo sitio, podía intuirse que él se sentía completamente solo, el brillo de su mirada se hacía más intenso, y en cierto momento de la velada el alma de Nico acababa escapando de su cuerpo, reclamando atención, buscando el amor y la grandeza que no conseguía encontrar en este mundo terrenal. Volvía a ser el niño que se escondía debajo de la manta y fingía volar hasta el espacio.

Habría sido normal pensar que aquella táctica no tenía sentido, pero era extremadamente parecida a la mía. Nico había sufrido, sin duda conocía el peligro y el dolor de la entrega desesperada, y con aquella técnica, alejándose inconscientemente de los demás, la mente de Nico creaba el escudo perfecto contra sí misma, contra los deseos que podían destrozarle; nadie podía entrar en su mundo para protegerle, no corría el riesgo de sentirse cómodo y confiar; y si alguien consiguiera viajar a su alma y alcanzarla, sin duda significaría que aquella persona podría volar por él incluso al fin del mundo; él se sentía en paz.

Nico no era oscuridad, no atacaba si deseabas acercarte; sus ausencias solo eran un escudo sin arma a la derecha. Pude ver su deseo de ser alcanzado en el mismo momento en el que le conocí; suplicaba con cada uno de sus gestos, y esa semejanza conmigo fue la que mató el miedo que tenía a enamorarme.

Hay otra cosa que el tatuaje me enseñó: Nico amaba las cosas rotas porque su certeza le empujaba a vivir. Cada una de sus acciones estaba marcada por la idea de que todo estaba a punto de terminar. No creo que pensara realmente que iba a morir, ni que tuviera verdadera intención de suicidarse, pero un parte de él deseaba creer que iba a ser así. Bien visto era una buena manera de matar dos pájaros de un tiro: Tenía aquella esperanza de que, da igual lo que fuera que pasase, la vida iba a desaparecer de todas maneras, y gracias a eso poseía el derecho de disfrutar como nunca lo había hecho.

Él transmitía aquél deseo de disfrutar cuanto pudiera. Yo necesitaba llenar el vacío de mi corazón, y él quería vaciar el suyo; y lo único que yo podía pensar era en que, juntos, seríamos capaces de comernos el mundo.

Capítulo 3

EL VIAJE

Nos conocimos en la playa durante el último año de bachillerato, y para cuando ambos terminamos el instituto ya éramos uña y carne. Él decidió no hacer Selectividad y lanzarse a la composición. Yo empecé a estudiar filología para ser escritora. Después de todo también era una soñadora, pero una soñadora muerta de miedo, de esas que al final prefieren contemplar el vuelo de otros antes que probar suerte con el vacío. De día estudiaba y por la noche iba a sus ensayos y conciertos. Estaba segura de que sería una estrella. Era guapo, hacía música rock y tocaba como los dioses. Además la guitarra también se le daba genial. Los años de universidad volaron. De ellos me queda el recuerdo de giras de verano, borracheras en salas de concierto y su forma de hacer el amor en todos los rincones de España.

Por suerte y a pesar de la crisis la enseñanza del inglés siempre ha estado en alza y no tardé en encontrar un trabajo semidecente en una academia, uno que en su momento me pareció perfecto: podía seguir escribiendo en mis ratos libres y mantenernos a ambos mientras Nico llegaba a la fama. Entonces sería él que me mantendría a mí mientras yo triunfaba como poeta. Un plan sin fisuras.

Como podrás imaginar poco a poco nos fuimos estampando contra la realidad. Supongo que fue en algún punto entre el quinto piso en ruinas que alquilamos, el tercer corte de luz y el décimo octavo fracaso musical.

-¿Te encuentras bien?

Aparté la vista del retrovisor y centré la atención en el asiento del piloto. Aún con todos los problemas seguía siendo el hombre más guapo que había visto en mi vida. Alto, moreno, con unos labios gruesos y sus ojos negros como el tizón. El hombre que me había robado la veintena y los sueños para luego intentar devolvérmelos renunciando a los suyos.

-Sí- fingí una sonrisa y me reacomodé en el asiento-. Deseando ver nuestra nueva casa, llevamos media hora sin parar de subir y con las curvas me he mareado un poco.

Nico hizo un intento de sonrisa y volvió a fijar la vista en la carretera. A veces ya ni siquiera sabía si de verdad le agradaba hablar conmigo. Quizás me culpase por abandonar finalmente sus aspiraciones, a pesar de que en ningún momento se lo había pedido, al menos directamente. A penas podía creerme que Nico hubiera aprobado unas oposiciones a

guarda forestal sin haber tocado un libro desde la secundaria, mucho menos que de la noche a la mañana tuviera un trabajo de por vida para que fuera yo la que pudiera probar suerte esta vez con sus propósitos.

Sí, nuestra relación se había enfriado hasta límites que ya no éramos capaces de manejar, pero el sacrificio de Nico debía significar que todavía me quería por encima de todo, que deseaba hacerlo bien, empezar de cero. Y después de tantos años nos debíamos un último comienzo.

Nico carraspeó y estiró la mano hacia el móvil para comprobar el GPS.

-Nos quedan menos de diez minutos-volvió a centrar la vista en las montañas con el ceño fruncido.- Oye... sé que ya lo hemos hablado varias veces, pero quiero que entiendas que la casa no es una casa en sí. Ya sabes, en las fotos parece una caja de madera con agujeros.

Hice memoria, intentando recordar los detalles de la foto de pésima calidad que nos habían enviado. Gracias a la despoblación rural y a las enormes distancias que había que recorrer entre una casa y otra, el alcalde del pueblo nos había honrado con un lujoso alojamiento de dos habitaciones, una de las cuales era el baño. No me importaba mucho, al menos en ese momento en el que todavía se presentaba en mi imaginación como la casita de la Bella Durmiente. Después de todo mi objetivo era llevar una vida tranquila y asceta en mitad del campo, que me permitiera concentrarme en terminar el que sería mi cuarto y esta vez exitoso poemario. Déjame adelantarte que no tenía ni idea de dónde me estaba metiendo.

-Es justo lo que necesitamos- sonreí y le acaricié el hombro con suavidad, aquél era uno de los pocos gestos físicos que no habíamos perdido.

Continuamos subiendo a por la carretera de montaña más de diez minutos y más de media hora. Y llegado el momento comencé a pensar que aquel camino de doble sentido y curvas cerradas era una trampa mortal para turistas. Al menos allí arriba tendríamos tranquilidad.

Miré de nuevo a Nico, si aquél cambio radical de vida no funcionaba nada lo haría. Mi mente viajó a la noche que nos conocimos hacía ya casi doce años, durante la noche de San Juan. Yo había bebido más de la cuenta, como solía pasar, y me había alejado de mi grupo de amigos para meterme en el mar y dedicarme a flotar. No llevaba cinco minutos mirando las estrellas cuando su rostro apareció interponiéndose entre el cielo y mis ojos. Sonrió en el instante en que comprobó que yo, la loca desconocida, estaba viva y sana. Se había metido completamente vestido y con una botella de cerveza en el agua, y en lugar de pedirme que saliera o intentar aprovecharse de mi evidente borrachera decidió hacer el muerto conmigo. Y así nos habíamos tirado la última década. Cogidos de

la mano, pero haciendo el muerto.

Suspiré instintivamente al recordarnos y me esforcé en mirar hacia delante. Teníamos que conseguir que funcionara.

Finalmente llegamos a una pequeña aldea que tuvimos que atravesar. Todas las personas con las que nos cruzamos pararon para intentar mirar en el interior del coche, esperando ver a alguien que conocieran. Me dio la impresión de que éramos los primeros forasteros que pasaban por allí en un tiempo. Después de dejar atrás la aldea y meternos por un camino de tierra que estuvo a punto de cargarse la amortiguación del coche, terminamos llegando a un valle rodeado de árboles. Pegué un grito al ver el enorme lago que se extendía ante nosotros, en cuya orilla opuesta, todavía a un kilómetro, podía dilucidarse una pequeña casa de madera junto a un embarcadero.

-¡Por fin!- abrí la ventana para sacar la cabeza, dejando escapar el frío del aire acondicionado.

Me quite el cinturón y dejé medio cuerpo fuera del coche, una sonrisa se me dibujó al instante en el rostro ¿Era real aquél lugar? A pesar de que era evidente que la cabaña de madera y piedra llevaba tiempo en mal estado, estaba rodeada al completo por unos pinos enormes de entre los que parecía emerger, y un pequeño sendero la conectaba con el embarcadero. Incluso la temperatura había bajado. En mitad del valle se levantaba una suave brisa veraniega.

-No te caigas o el viaje no habrá valido la pena-, me volví hacia Nico, que me miraba de reojo con una sonrisa. Una sonrisa de verdad, de las de antes. El corazón me dio un vuelco como una quinceañera cuando nuestros ojos conectaron.

Capítulo 4

3. El hombre del lago

¿Conocéis esos efectos ópticos en los que, cuanto más te acercas a la imagen más se desdibuja? No tardé en comprobar que a nuestro nuevo hogar le ocurría algo parecido, sin desmerecer un paisaje que, da igual cuál fuera la distancia, te dejaba sin aliento.

Aparcamos el coche en un pequeño llano junto a la casa, cuyos tablonos nos recibieron con un crujido parecido a una queja. Una vez que estuve a dos metros de ella, pude comprobar que era del tamaño de nuestro primer piso de estudiantes. Se trataba de un cuadrado con una puerta y dos ventanas a cada lado. Parecía como si un niño hubiera pintado una cabaña y alguien la hubiera calcado tal cual en la realidad, incluso me dio la impresión de que estaba ligeramente inclinada.

Di unos pasos hacia ella para ver su estado. A pesar de que la piedra se conservaba a la perfección, los tablonos de madera estaban desgastados y quebrados. Me detuve frente a la puerta, y en lugar de encontrar un timbre, me quedé observando el picaporte oxidado que había frente a mí. Agarré lo que parecía la palma de una mano metálica y golpeé la madera a riesgo de que me regalase un nuevo lamento.

-No hay nadie- Nico apareció detrás de mí con dos enormes maletas que dejó junto a la ventana.-, estoy intentando contactar con el alcalde para que nos traigan la llave. Dijo que mandaría a alguien en cuanto llegásemos, pero aquí abajo no hay cobertura. Creo que voy a subir un poco la ladera.

Solté el bolso junto a las maletas mientras Nico se alejaba, todavía luchando con el móvil, y asomé la cabeza por la ventana. La claridad del día hacía imposible ver lo que había en el interior, aunque me daba la impresión de que antes de ponerme a escribir iba a tener que luchar contra los fantasmas de aquel lugar. Volví la vista hacia el paisaje. Sin duda aquél era el punto fuerte. Daba igual el estado de la nueva vivienda. Habría construido una casa completamente de cero sólo por la posibilidad de quedarme allí para siempre.

Bajo mis pies se intuía un viejo camino de tierra, ahora plagado de plantas salvajes, que llevaba hacia el embarcadero. Lo seguí sin poder dejar de dar vueltas sobre mí misma. Mirase donde mirase la naturaleza dominaba el paisaje a sus anchas. Estábamos a los pies de un valle completamente rodeado de árboles y colinas.

Al llegar a los pies del lago casi pude sentir cómo el agua fresca y cristalina me llamaba; habían sido cinco largas horas de viaje, podía sentir

el cuerpo acartonado y varias gotas de sudor recorriéndome ya la frente.

-¡Nico!- grité sin molestarme en mirar hacia atrás-, necesito darme un baño y quitarme toda la mierda que llevo encima.

Me descalcé y me saqué el vestido de gasa azul por la cabeza en menos de diez segundos. Sin pensarlo dos veces me metí hasta las pantorrillas y contuve un grito ahogado. Aún en pleno Julio el lago estaba helado, pero teniendo en cuenta la situación térmica de mi organismo, incluso lo agradecí. No tardé en estar completamente sumergida hasta la cintura. Cerré los ojos, me tumbé y dejé que mi cuerpo flotara a su antojo. No soy una persona a la que le guste nadar, pero no conozco mejor sensación que dejarme acunar por el agua.

Di mentalmente las gracias a Nico por hacerme posible vivir aquella experiencia. Toda persona, al menos una vez en la vida, desea tener la posibilidad de abandonarlo todo y escaparse para siempre a un lugar como ese. Centré mi atención en el canto de los pájaros y mi propia respiración. No sabría decir cuánto tiempo permanecí así, pero podría jurar que cada minuto sanaba una pequeña herida de cuya existencia ni siquiera era consciente.

-¡No querría molestar!- una voz masculina me sacó instantáneamente de mi ensoñación. Me incorporé rápidamente y miré hacia la orilla.

Un hombre de unos treinta y pocos años me miraba desde el embarcadero. Su apariencia me chocó rápidamente. Tenía el pelo rubio, casi platino, que contrastaba con una piel bronceada y de aspecto tosco. Sus ojos eran tan claros que desde mi posición parecían dos escleróticas vacías. Al instante relacioné su mirada con la de las serpientes. Aquél físico y su camisa de cuadros casi pegada a un cuerpo hecho al campo le otorgaban un aspecto de leñador nórdico de catálogo. Cuando pude recomponerme me di cuenta de que me observaba con una sonrisa pícaro. Sí, yo estaba completamente desnuda de cintura para arriba y plantada frente a él, todavía en el agua, con una expresión estúpida. Genial, sólo había tardado una media hora en hacer el ridículo. Más que importarle pareció que la situación le divertía.

-Estoy buscando a Nicolás Aguilar- explicó sin apartar la vista de mí. Unos metros nos separaban, pero pude comprobar sin esfuerzo cómo recorría mi cuerpo de arriba abajo. No pude evitar sonrojarme y me introduje hasta los hombros de nuevo.-. Soy Alex, el hijo del alcalde.

-Hola Alex, hijo del alcalde- dije intentando que mi tono sonase distendido-, Nico es mi...- hice una pausa que resultó extraña para mí misma- mi novio. Ahora mismo no puedo decirte dónde está exactamente,

pero estoy segura de que no ha ido muy lejos. Se fue a buscar cobertura.

Alex no apartó la vista de mí, sus ojos se me clavaban como cuchillas y percibí que respirar se me hacía cada vez más difícil, ya fuera porque un hombre me analizaba con descaro o porque, teniendo en cuenta la temperatura del agua, estaba al borde de una hipotermia.

-Muy bien- respondió al cabo de unos segundos.- Supongo que debería buscarle.

Su descaro debería haberme ofendido hasta el punto de quejarme, pero algo en sus ojos hacía que sentirme observada por él no me importase del todo. Al contrario.

-Creo que sí, y yo debería salir del agua, así que... - sonreí educadamente.

-Sí- carraspeó y empezó a darse la vuelta.

El tal Alex, hijo del alcalde, me dio la espalda y caminó de nuevo hacia la casa.

¿Dónde se había metido Nico? ¿Había ido al pueblo a buscar cobertura?

Nadé hacia la orilla siendo consciente de que, por alguna razón, el corazón quería salirseme por la boca. Mientras ponía al derecho el vestido el desconocido se volvió hacia mí de nuevo.

-Oye...- volvió a encontrarse de lleno con mi cuerpo desnudo y mi cara de circunstancia ¿Es que iba a conocerme de arriba abajo sin siquiera saber mi nombre? Esta vez fue él el que se puso rojo- ¡Perdón!

Una vez más se volvió de espaldas.

-Eres un hombre de lo más oportuno...- me pasé el vestido rápidamente por la cabeza. La vergüenza había llegado a un límite en el que ya apenas me importaba.

-Sólo quería saber cómo te llamas-, por primera vez pareció un poco nervioso-, nos vemos ahora.

Finalmente Alex se alejó. Me senté sobre la hierba para ponerme los zapatos. Menuda experiencia de bienvenida.